

¡Naturaleza, qué herida mía!

-1ª parte-

EDUARDO MORA CASTELLANO

Se ama la naturaleza cuando ya no existe, y por eso mismo se le ama. Es lo común a todas las pasiones amoratorias: apuntan a lo perdido, a lo que al arrancárnoslo (o al arrancarnos algo que lo representa), nos deja una herida (1). Los movimientos sociales de la Modernidad partieron del odio -a un enemigo-, de la disposición al asalto, del afán de conquista; en lugar de añorar inventaban y exigían. Mientras, el ambientalismo parte del amor; más que a asaltar u ofender tiene disposición a defender, y antes que pretender obtener pretende retener. Se obsesiona por la conservación o sobrevivencia de *la* especie y de las especies y no por el *rejuvenecimiento* de la biosfera que -en palabras de Margalef (2)- constituye la milenaria -y, según el ambientalismo, destructiva- acción humana sobre la Tierra. Más que un flujo de la historia el ambientalismo evoca un reflujo, y, dentro del ambientalismo, es preponderantemente en las posiciones de la corriente ecologista que se evidencia la voluntad de retornar a la comunidad precapitalista, en la que las relaciones entre humanos y ecosistemas no revestían la extrema contradictoriedad que ahora les distingue. En este tiempo en que las concepciones de la realidad humana están apoyadas, o influenciadas, por las sobadas leyes de la termodinámica, la vuelta al pasado, como modelo, expresa el mejor modelo de futuro, todo otro futuro queda asociado a la maldita entropía, todo *revival*, pues, puede ser bienvenido.

Cuando la naturaleza existía no se le amaba. Se vivía en circuito cerrado con ella y no había quien la amara -así como nadie ama su hígado, salvo que lo haya perdido o lo esté perdiendo, o sea, salvo que se haya roto o se esté rompiendo el circuito-. La naturaleza ya no existe como ámbito con sus propias leyes y su propio

“sentido”, ahora es un despliegue de humanidad, otra expresión humana. No es posible volver a ella. Y es sólo por esto que el ambientalismo es utópico: por reivindicar una naturaleza que nunca será. Una naturaleza *natural* es su norte imposible: una naturaleza en contacto con lo humano pero regida por sus propias leyes, por las *naturales* (no dependientes de lo humano), una naturaleza a la cual los humanos modificaran para su circunspecto provecho, pero la cual, antes y más allá de cada modificación, fuera ella misma, es decir, que a pesar de estar sometida en su globalidad al cálculo y a la modelación humanos (a través del uso, explotación y acotamiento de los ecosistemas), fuera una entidad regida por sí misma, autocreada, no humanizada sino *natural*.

La naturaleza, pues, tal como la imaginamos (como la deseamos), o inició su desaparición dentro del mismo proceso de acomodamiento del género humano en el planeta, desaparición que estaría marcada por el proceso de *artificialización* (3) de la naturaleza por obra humana, o no existió nunca (sería pura indeterminación), siendo sólo una reconstrucción intelectual que iniciamos cuando empezamos a tratarla como *una entidad* (algo diferenciado), como *otra cosa*, o sea, desde que nos sentimos extrañados de ella y, coherentemente, comenzamos a experimentar su falta, su pérdida, la herida (*¡querida mía!*).

La artificialización de la naturaleza, que es la humanización de ésta, es la aplicación de la inteligencia humana sobre ella, es la intervención de artificios en la relación entre humanos y ecosistemas, artificios que se convierten en hitos, o señales, que viabilizan la relación en un determinado sentido. Artificios (una piedra pulida, un campo roturado, un camino, una silla, etcétera) que no constituyen la matriz de la

relación pero que sí son partes de la misma y por ellos ella se distingue, o sea, se diferencia, se hace notar. La artificialización, que supone ya un grado de separación entre sociedad y naturaleza, mas no constituye todavía la objetivación de esta última, es una actividad humana previa a la generalización de las relaciones de mercado y a la emergencia de la economía política. Y es, entonces, previa a la *producción* económica (4). Previa y también paralela, porque, aunque la economía política y la cultura actual se obstinen en lo contrario, no toda artificialización ecosistémica es producción económica, si bien toda producción económica entraña, obviamente, artificialización ecosistémica -de otra manera es inconcebible-.

La objetivación de la naturaleza sobreviene muy recientemente, con el despunte de las relaciones de mercado, de la ciencia (moderna) y de la economía política. La objetivación de la naturaleza es a la vez la mercantilización de ésta, su conversión en mera fuente de recursos para el devorador proceso de producción económica. La naturaleza, consonantemente, es positivizada y deviene transparente (5): es convertida por la sociedad humana en materia de suma y resta, concebida y tratada como *objeto* regido por leyes -positivas, no sobrenaturales- cognoscibles y manipulables.

Mientras que la artificialización no es un fin en sí ni expresa ninguna *verdad* trascendente, sino que simplemente es una dimensión de la actividad de intercambio entre humanos y naturaleza, la producción -sin dejar de ser una actividad artificializadora de la naturaleza- sí es un fin en sí y constituye la gran, y acaso última, *verdad* que orienta a la cultura actual; la producción es vivida y concebida como sentido y esencia de la vida humana.

La relación humana con la naturaleza es, realmente, una relación con una naturaleza artificial, una naturaleza *secundaria*, y ahora, acaso, *terciaria*. *Secundaria* cuando el humano se mantiene en el ámbito de la premoderna actividad artificializadora de la naturaleza, actividad que, por cierto, crecientemente se complica por la introducción de nuevos y más

complicados artificios, estableciéndose nuevos y mayores flujos en el intercambio entre humanos y ecosistemas, y estableciéndose nuevas instancias de paso y regulación de flujos (piénsese, por ejemplo, en la introducción de esos artilugios que son los medios de navegación, que viabilizaron nuevos y mayores flujos de materia/energía entre humanos y medio ecosistémico y que en sí mismos constituyeron una nueva instancia de paso y regulación de los fluidos). Y naturaleza *terciaria* cuando el humano comienza a tratar la naturaleza como objeto, como la contenedora de los recursos naturales para la producción -cuya obsesión es la que pasa a darle sentido a la vida-, lo cual constituye ya un estadio muy alto del proceso de extrañamiento de la naturaleza, de humanización de la misma.

Y es que, rigurosamente, no hay adaptación del hombre al medio natural sino desadaptación creciente, separación progresiva. La artificialización de la naturaleza, más que un modo de adaptación activa de los humanos a ella, es una forma que asume el espontáneo intercambio de los humanos con ella, intercambio que no es *para* la sobrevivencia -no es utilitarista ni fruto de un cálculo, no hay separación medios-fines- sino que simplemente *es*. Intercambio que, al complicarse por la misma dinámica de la artificialización, conduce a una separación creciente entre sociedad y naturaleza. En el sentido de que ésta se arranca progresivamente del orden de la naturaleza y su acción pasa, de estar sujeta al mantenimiento y regularidad de los intercambios con ella, a estar sujeta a las relaciones de mercado, que, sin dejar de ser interhumanas, son entre entidades o fuerzas anónimas -las concurrentes al mercado-. Si antes los humanos se relacionaban entre sí y con la naturaleza entremezcladamente, en un ciclo de intercambio simbólico ininterrumpido (6), ahora se relacionan, por un lado, entre ellos, en un intercambio anónimo de valores procurando calculadamente beneficio económico, y, por otro lado, con la naturaleza tratándola como fuente de recursos que son convertidos en valores destinados al mercado según los dictados anónimos de éste, que a la larga dispone qué

partes de la naturaleza se explotan, con qué tecnologías, en qué proporciones y para ser convertidas en qué mercancías. El "papel protagónico" de los humanos se conserva, pero el "papel protagónico" de la naturaleza se ha perdido, con ella ya no hay reciprocidad sino explotación y uso, y el mercado, durante siglos desempeñando un papel decrecientemente secundario, ha devenido protagonista (debe reconocerse que es desatinado hablar de *protagonismo*, sea de la naturaleza o de los humanos, en referencia al período previo a la objetivación de la naturaleza).

El mercado, en el que se relacionan humanos metamorfoseados en valores de cambio, se ha convertido en el nuevo eje en torno al que gravita la vida humana, quedando la relación con la naturaleza en un plano subordinado. Desde este punto de vista es que puede afirmarse que la humanidad pasa, de constituir junto con la naturaleza un sistema, a constituir ella sola un sistema aparte, como culminación de un proceso de especialización funcional basado en la ampliación y la complejización de la artificialización de la naturaleza, especialización que es de todo el grupo humano -que se diferencia crecientemente del resto de los seres vivos- y de cada uno de los integrantes del grupo -que se especializan diferencialmente en unas u otras actividades-. Debe matizarse lo anterior señalando que el proceso de especialización y, entonces, el de separación en otro sistema, empezó ya con los primeros y paleolíticos actos de artificialización, y aún no está acabado (¿Lo estará alguna vez? Por lo demás, no hay sistemas vivos -máxime si son contiguos- que estén totalmente separados: siempre se articulan a través de muy diversos flujos y dependencias, lo que a ciertos observadores para ciertos fines les puede permitir hablar de un solo sistema. Y, congruentemente, es dable distinguir varios sistemas donde otro observador para sus fines particulares considere uno solo.)

La artificialización ecosistémica es el nervio de la relación sociedad-naturaleza, y ella, así como marca el nacimiento de la humanidad y, paradójicamente, asimismo el de la naturaleza, porque lo natural sólo existe en oposición a lo

artificial, conduce a la separación entre ellas y, entonces, a la pérdida de la naturaleza: pérdida de lo que la sociedad nunca tuvo ni conoció, porque su relación es siempre con una naturaleza adulterada, humanizada, no con la naturaleza *natural* que tiene sus propias leyes y que se opone y contrasta con lo artificial, cuya única fuente es la humanidad. Y esto permite decir que no hubo nunca una relación equilibrada o armónica entre sociedad y naturaleza, porque o existe una naturaleza humanizada o existe una sociedad naturalizada (entendida ésta nada más que como el otro extremo lógico de la gradiente). Equilibrio y armonía son en este caso juicios de valor que se refieren a un punto de encuentro entre sociedad y naturaleza que no existe fuera de la valoración.

No hay, humanamente, vuelta posible a la naturaleza para una relación armónica con ella. La humanidad ha transitado de la divinización de la naturaleza -etapa premoderna-, a la objetivación, mercantilización y devastación de la naturaleza -etapa moderna-, para desembocar en la mascotización de la misma -etapa posmoderna, que no excluye la anterior etapa sino que se le suma-. En efecto, el tratamiento dado actualmente por el ambientalismo a la naturaleza es sustancialmente mascotizador: del mundo de los valores económicos se rescatan elementos para restaurarles su naturalidad perdida (o conservar la que precaria y supuestamente mantienen) a fin de restablecerlos como naturaleza en ese mismo mundo artificializado en el que absolutamente todo depende de la racionalidad del mercado. Lo mascotizado no es un elemento natural, sino que es lo sobrante, lo a duras penas salvado de una naturaleza objetivada, lo rescatado de la galopante mercantilización masiva. Salvado o rescatado para una mercantilización de segunda generación: para hacerlo circular en el mercado de los signos que evocan naturaleza.

Referencias

1. Este axioma psicoanalítico se explicita, entre muchos otros lugares, en: Braunstein, Néstor: "Nada que sea más siniestro (*unheimlich*) que el hombre", en: Freud, S. et al. 1981. **A MEDIO SIGLO DE EL**

MALESTAR EN LA CULTURA DE SIGMUND FREUD. Siglo XXI editores. México. pág. 216.

2. Margalef, Ramón. 1982. **ECOLOGÍA.** Ediciones Omega. Barcelona. pág. 817: "La historia humana constituye un gigantesco experimento de rejuvenecimiento de toda la biosfera". Citado por Mora, E. 1994. **CLAVES DEL DISCURSO AMBIENTALISTA.** Editorial FUNA. Costa Rica. pág. 47.

3. El concepto de artificialización, presente en Gligo, Nicolo. 1986. **AGRICULTURA Y MEDIO AMBIENTE EN AMÉRICA LATINA.** Educa. Costa Rica, y retomado, entre muchos otros, por Mora, E. (**OP. CIT.**), aquí no sólo significa simplificación ecosistémica, o sea, disminución del número de "partes" o "canales" por los que circula la energía en el ecosistema e introducción de otros que agilizan y concentran los flujos energéticos apetecidos por los humanos que realizan la artificialización. Tal concepto aquí se refiere a todas las prácticas "inteligentes" que constituyen la relación de intercambio entre humanos y naturaleza, prácticas en las que son indelimitables sus operaciones o "partes" constitutivas (por ejemplo, la elaboración de herramientas de cacería y su uso, las

ofrendas a dioses, las fiestas en torno a los ciclos agrícolas, las obras de cultivo...). Lo que tiene peso en el concepto de artificialización no es la simplificación ecosistémica -que desde el ángulo de la ciencia ecológica no deja de haberla-, sino la presencia creciente de artes y artificios en la relación de intercambio con la naturaleza, o sea, la complejización de esa relación.

4. El tratamiento crítico del concepto de producción -que aquí se sigue- ha sido realizado por Jean Baudrillard (**EL ESPEJO DE LA PRODUCCIÓN.** Gedisa. Barcelona. 1983.) y ha sido retomado e inscrito en la temática específica de la relación sociedad-naturaleza y la crisis ambiental en: Mora, E.: "Naturaleza y humanidad son sólo valores económicos", en **AMBIEN-TICO**, N° 40, mayo 1996. pp. 11-16.

5. El tema de la positivización y la transparencia crecientes de la realidad está desarrollado en: Baudrillard, Jean. 1991. **LA TRANSPARENCIA DEL MAL.** Anagrama. Barcelona.

6. Baudrillard, Jean. 1983. **EL ESPEJO...**

En 1997 **AMBIEN-TICO** estará disponible en los siguientes puntos de distribución: en San José: librerías Macondo y Cooperativa Universitaria; en Heredia: Escuela de Ciencias Ambientales (tel. 277-3290) y Puesto de Libros de Don Víctor en Bienestar Estudiantil. A los interesados en su adquisición se les agradecerá una contribución de 150 colones por ejemplar. Por una suscripción anual se ruega la suma de 1500 colones, o, si el envío ha de hacerse al extranjero, de 100 dólares. Además **AMBIEN-TICO** está en WEB de Internet en las páginas de la Universidad Nacional, sección de la Escuela de Ciencias Ambientales.